

El abrazo del desconocido



XAVIER DUEÑAS

Antes de leer

Hay momentos en los que no nos reconocemos. Instantes breves, pero decisivos, en los que el miedo se impone y nos empuja a actuar como nunca pensamos que lo haríamos. Este relato nace de esa grieta: del desconcierto que sentimos cuando, enfrentados a la urgencia, descubrimos que somos distintos a quienes creíamos ser.

Quise contar esta historia sin adornos, desde lo esencial. No como una búsqueda de culpa, ni como un juicio moral, sino como un camino hacia la comprensión. A veces huimos. A veces dejamos atrás cosas o personas que quisiéramos haber podido sostener. Pero también, a veces, tenemos el coraje de mirar atrás, de volver, de hacernos cargo no para corregir lo que hicimos, sino para no seguir huyendo de nosotros mismos.

Esta historia no va sobre héroes, sino sobre seres humanos. Frágiles, imperfectos, y aun así profundamente dignos. Es un pequeño homenaje a quienes se atreven a regresar, a quienes se reconcilian con sus propios pasos, y a quienes entienden —alguna vez, en silencio— que cada error también puede ser un inicio.

El abrazo del desconocido

El fuego

El humo era tan espeso que parecía tener cuerpo, como si uno pudiera tropezar con él, como si al respirar se estuviera tragando algo vivo, denso, que lo empujaba todo hacia adentro. Corría. No sabía desde cuándo, ni hacia dónde con exactitud. Solo sabía que tenía que seguir, que cada segundo contaba, que el fuego venía detrás como una bestia invisible, rompiendo árboles, devorando ramas, escupiendo chispas con hambre de todo.

Los gritos eran su brújula. Voces sin nombre que le confirmaban que no estaba solo, que otros también huían, que la vida, en su forma más urgente, todavía se abría paso entre el miedo. Sentía la tierra caliente bajo las suelas, el aire ardiendo en los pulmones, y un zumbido en los oídos que ya no sabía si era del fuego o del corazón golpeando con fuerza dentro del pecho.

Fue entonces cuando lo vio.

Estaba sentado sobre una piedra baja, casi oculta entre la maleza chamuscada, el cuerpo encorvado, las manos aferradas a las rodillas con un temblor incontrolable. Un anciano. Solo. Tosiendo. Con la mirada perdida, como si el humo hubiera invadido también su interior. Había algo en su quietud que dolía. No era resignación. Era una especie de pausa absoluta, como si ya no esperara nada.

Se detuvo.

—Señor... —dijo apenas, con la voz rota por la carrera y la ceniza—. Tiene que levantarse. Hay que salir de aquí.

El abrazo del desconocido

El viejo giró lentamente la cabeza. Lo miró. Sus labios se movieron, pero no salió sonido alguno. Tosió de nuevo, con esa tos seca que parece venir de un lugar demasiado profundo. Lo intentó otra vez. Se agachó, le tomó el brazo.

—Venga, yo lo ayudo. Está cerca. Podemos llegar...

Dudó.

Y entonces corrió.

No miró atrás. No pensó. Solo corrió.

Durante un tiempo que no sabría medir —pudo ser media hora o apenas un par de minutos— lo único que escuchaba era el sonido de su propia respiración, cada vez más torpe, más desesperada. El suelo crujía bajo sus pies, las ramas lo arañaban sin piedad, y el calor le golpeaba la nuca como una amenaza constante. Pero eso ya no importaba. Solo quería alejarse. De las llamas. Del humo. Y también de aquella mirada que había dejado atrás.

Cuando por fin cruzó el cerco de voluntarios y sintió manos sujetándolo por los brazos, algo en su cuerpo se soltó. Como si recién entonces pudiera reconocer el cansancio, el temblor, el miedo.

El refugio era una escuela vieja, con colchones tirados sobre el suelo, termos de agua caliente y una radio encendida a bajo volumen que repetía indicaciones que nadie parecía escuchar. Estaba a salvo. O eso le dijeron. Una mujer le puso una manta sobre los hombros. Otro le ofreció una taza de té. Alguien anotó su nombre. Lo llamaron “*evacuado*”, como si esa palabra pudiera contenerlo.

Pero dentro, algo seguía ardiendo.

Se sentó en una esquina, contra la pared, con las piernas encogidas y la espalda húmeda por el sudor. A su alrededor, la gente hablaba. Algunos lloraban, otros dormían, otros contaban

El abrazo del desconocido

lo que habían perdido. Él no decía nada. Las palabras no le salían. La imagen del anciano, con los ojos enrojecidos y el cuerpo inmóvil, seguía allí. No dejaba de pensar en sus manos, en cómo se aferraban a las rodillas, en la mirada que se cruzó con la suya durante un instante que se alargó demasiado.

Tal vez sabía por qué había huido, pero no quería reconocerlo. El miedo fue más rápido. El instinto, más fuerte. Había salvado su vida, sí. Pero algo se quedó atrás. Y no sabía cómo nombrarlo. No era culpa solamente. Era una especie de vacío nuevo, una grieta que no estaba antes, una sensación de haber perdido algo que, sin ser suyo, le dolía igual.

Miró sus propias manos. También temblaban.

Esa noche no durmió. Ni las siguientes.

Se quedó allí, despierto, con la manta sobre los hombros y los ojos abiertos hacia el techo, escuchando el murmullo de los otros, el chirrido del viento contra las ventanas, y el eco de una frase que no podía sacarse de la cabeza:

Creí que sobrevivir era suficiente... hasta que supe lo que había dejado atrás.

La culpa

El fuego ya no rugía. Afuera lloviznaba, una lluvia fina que apenas era un susurro sobre el techo de chapa. El peligro inmediato había pasado, pero adentro, dentro de él, todo seguía encendido.

Dormir era imposible.

La manta que lo cubría no alcanzaba a calmar un frío que no venía del cuerpo. Era un frío distinto, de esos que se filtran por dentro y no tienen nombre, ni origen, ni un sitio preciso

El abrazo del desconocido

donde habitar. Solo están ahí, entre el pecho y la garganta, como una piedra que no se puede tragar ni soltar.

A su alrededor, en ese salón amplio que alguna vez fue un aula, la gente murmuraba historias como quien ofrece pedazos de sí mismo para reconstruir lo perdido. Una mujer contaba cómo había envuelto a su perro en una toalla para sacarlo. Un adolescente relataba que se llevó las cartas de su abuelo porque no soportaba la idea de que se quemaran. Una madre mostraba con ternura un dibujo que su hija salvó de entre las llamas, como si en esos trazos temblorosos estuviera contenida la vida entera.

Él no traía nada.

Ningún objeto. Ningún gesto. Ningún relato que rescatar.

Solo se había ido.

Y en esa huida ciega, apenas se llevó a sí mismo. Ni la mochila. Ni la voz. Solo el cuerpo.

Solo el miedo.

Le costaba sostener la mirada de los otros. No porque ellos supieran lo que él había hecho, sino porque él lo sabía. Y eso bastaba.

Aquella noche —tan silenciosa y tan llena de pensamientos— trajo consigo una imagen lejana, como si también la memoria necesitara hablar. Se vio niño, con las rodillas raspadas y los pantalones cortos, corriendo por un camino de tierra detrás de su padre. Una tormenta se acercaba, y el miedo lo empujaba. Recordaba cómo su padre se detuvo, se agachó, y le dijo con una calma que aún podía sentir:

—Siempre hay que mirar atrás. Si alguien se queda, hay que volver. Aunque dé miedo.

Esa frase, sencilla y serena como el aire antes del trueno, quedó grabada con la fuerza de todo lo que se dice sin saber que va a quedarse para siempre.

El abrazo del desconocido

Y ahora, ¿qué había hecho él?

No miró atrás. No regresó.

Eligió seguir adelante, con miedo y sin pausa.

No se encontraba. No era el hombre que imaginaba ser. Ni valiente. Ni noble. Ni siquiera claro. Era otro: alguien que aún buscaba la manera de sostener la mirada sobre lo que había hecho, sin desviarla. Pero dentro de ese dolor punzante, tan íntimo y tan callado, empezaba a abrirse algo nuevo. Una verdad más honesta, más humilde: aún estaba a tiempo de mirar.

Aún podía regresar.

No para cambiar lo ocurrido. No para salvar a nadie. No para corregir la historia.

Sino para dejar de seguir alejándose de sí mismo.

Se levantó en la madrugada, sin hacer ruido. Se calzó los zapatos húmedos y cruzó el salón en silencio, esquivando los cuerpos dormidos con el cuidado de quien camina entre ramas vivas. Nadie lo vio salir.

La lluvia había cesado. El aire, espeso de ceniza húmeda y olor a tierra quemada, lo envolvía como un recuerdo reciente. El camino hacia el bosque era largo, pero sus pasos eran firmes.

Porque al fin entendía algo.

No era el fuego lo que más me quemaba...

Era esa mirada que pedía, sencillamente, seguir viva.

Y yo necesitaba encontrarla. Aunque fuera solo para decirle, sin palabras, que esta vez sí, esta vez estaba mirando atrás.

El abrazo del desconocido

El regreso

El camino hacia el bosque ya no era el mismo.

Las ramas que antes ofrecían sombra estaban ahora negras, quebradas, apuntando al cielo como brazos vencidos. El aire conservaba ese olor ácido y terroso, mezcla de madera calcinada y humedad triste. Cada paso hundía un poco la suela en la ceniza, y el silencio tenía otro tono, como si el bosque hablara en un idioma más bajo, más lento.

Pero él seguía caminando. Con la frente mojada, los hombros tensos y esa certeza extraña que a veces habita en quienes han dejado de esperar algo distinto de la verdad.

No tenía claro adónde ir, pero sus pies parecían recordarlo. Lo guiaban sin pedir explicaciones, como si la culpa también supiera cómo volver.

Y entonces empezó a ver señales:

Un pañuelo atado a una rama.

Una huella débil, torcida.

Un bastón, quemado por la mitad.

El corazón le golpeó fuerte en el pecho. No por miedo esta vez, sino por algo más hondo: la certeza de que estaba cerca.

Avanzó un poco más, apartando hojas secas, esquivando troncos caídos. El sol de la mañana apenas se filtraba entre las nubes de humo antiguo, y en medio de esa niebla quieta, lo vio.

El anciano.

Tendido bajo un árbol bajo, con la espalda apoyada contra el tronco, los ojos cerrados y los labios secos. Con la ropa manchada, las manos arañadas, la piel del rostro como papel arrugado. Vivo.

El abrazo del desconocido

Se acercó despacio. Se arrodilló junto a él, sin saber si hablar o simplemente quedarse allí, respirando cerca.

El viejo abrió los ojos. Lo miró.

Y dijo, con una voz apenas más fuerte que el viento:

—Gracias por volver.

Eso fue todo.

No hubo palabras demás. Solo esa frase, sencilla y enorme.

Y en ese instante, el mundo pareció detenerse.

Él bajó la cabeza. Sintió cómo algo se rompía por dentro, como una presa que ya no podía contener más el agua. Y lloró. Por fin. Lloró como se llora cuando algo se libera, cuando por dentro algo herido comienza, al fin, a sanar.

El anciano, sin decir nada más, apoyó la mano sobre su brazo. Y ese gesto bastó.

No hicieron promesas. No buscaron explicaciones. Compartieron ese momento como si el tiempo no doliera, como si el mundo pudiera comenzar de nuevo desde ahí.

Y mientras el sol, tímido, se abría paso entre la bruma, comprendió lo esencial.

No se trataba de corregir lo vivido ni de borrarlo. El verdadero coraje no estaba en no haber huido...

Sino en tener la fuerza para regresar.

Porque, al final, lo que importaba no era quién había sido aquel día. Sino en quién estaba empezando a convertirse ahora.

*“No supe quién era hasta que tuve miedo... y me vi dejar a alguien atrás.
Pero hoy, volviendo, supe también quién puedo llegar a ser.”*

Derechos de autor

© 2025 Xavier Dueñas

Todos los derechos reservados.

Este texto puede compartirse y circular libremente siempre que se mantenga íntegro, se cite al autor y no se utilice con fines comerciales.

Para usos editoriales, educativos o de adaptación, contactar al autor a través de su página web: <https://xavierduenas.es>